

El maestro de filosofía: al rescate de una educación filosófica en la escuela

*Alejandra Dalila Rico Molano**

Recibido: 11 de octubre de 2014

Aprobado: 15 de noviembre de 2014

Para citar este artículo | To cite this article | Pour citer cet article
Rico Molano, A. D. (2014). El maestro de filosofía: al rescate de una educación filosófica en la escuela. *Magistro*, 8(16), 101-121.

Resumen

Esta revisión de tema, trata sobre la pérdida de relevancia de la educación filosófica en la escuela actual, una pérdida que se evidencia en aspectos como, el reducido tiempo para esta disciplina, lo poco importante que el docente presenta la filosofía, el abundante tecnicismo que se le otorga hoy en día a la educación en la escuela y la fluidez del conocimiento que permea a los jóvenes de esta era. Sin embargo, con toda estas problemáticas que hacen de la enseñanza de la filosofía un “fantasma” en la escuela, aparece una pieza clave que puede otorgar valor a la filosofía, es el maestro quien se convierte en el guía de un proceso de enseñanza y aprendizaje de la filosofía, con el fin de comprender la necesidad de pensarla y recrearla, no como un simple “cursillo” de historia o un conversatorio

* Doctor en Administración Pública Atlantic International University (AIU), Honolulu, (USA). Economista de la Universidad de Medellín, Colombia. Investigador, Facultad de Administración, Universidad CES en Medellín y de la Universidad del Rosario en Bogotá. Miembro del Grupo de Investigación en Política, Derecho y Gestión Pública de la ESAP, Bogotá. Contacto: algutierrez@ces.edu.co



de “charlatanes”; lo que se busca es poderla pensar como una educación filosófica, en donde se resalte el verdadero valor de este saber dentro de la formación de los individuos y la construcción de pensamiento crítico que consolide ideas innovadoras y objetivas para la sociedad. Es así, que para la construcción de la educación filosófica es importante el protagonismo del docente en un contexto en donde se carece de un pensamiento contemplativo, que logre llevar al estudiante a la reflexión y a preguntarse por las cosas en sí mismas; un maestro que debe asumir el reto de aportar pensamiento filosófico a la escuela, que se logre rescatar el sentido del debate y la discusión real de los conceptos filosóficos, es decir consiga pensar y hacer pensar la filosofía como una forma de vida, en donde se cuestiona, critica y construye un nuevo conocimiento mediante el diálogo y la apuesta por educar desde la filosofía y en pro de una sociedad más consciente de su devenir y actuar en contexto.

Palabras clave: educación filosófica, enseñanza, escuela, formación de docentes

The teacher of philosophy: To the rescue of a philosophical education in school

Abstract

This subject review deals on the loss of relevance of philosophical education in the current school, a loss that is evidenced in aspects such as, the reduced time for this discipline, the little importance given to philosophy by the teacher, the abundance of technicality awarded today to the education in school and the fluidity of knowledge that permeates young people of this era. However, with all these issues that make the teaching of

philosophy a “ghost” at school, a key aspect appears that can grant value to philosophy, it is the teacher who becomes the guide in a teaching and learning process in philosophy, in order to understand the need to think it and recreate it, not as a mere “short course” of history or a conversation on “charlatans”; what it seeks is to think of it as a philosophical education, where the true value of this knowledge is emphasized in the formation of individuals and the construction of critical thinking that consolidates innovative and objective ideas for society. Thus, for the construction of philosophical education it is important the role of the teacher in a context lacking contemplative thinking, to accomplish to bring to the student a reflection and ask about the things themselves; a teacher that must assume the challenge of contributing philosophical thinking to the school, that achieves rescuing the meaning of actual discussion and debate of philosophical concepts, that accomplishes to think and make think philosophy as a form of life, where it is questioned, critiqued and built a new knowledge through dialogue and the bet for education from philosophy and in favor a society more conscious of its becoming and acting in context.

Keywords: Philosophical education, teaching, school, teacher training

Le maitre en philosophie: Au sauvetage d’une éducation philosophique à l’école.

Résumé

Cette révision du sujet, examine la perte de pertinence de l’éducation philosophique dans l’école actuelle, une perte qui est mise en évidence par des aspects tels que, le temps réduit pour cette discipline, le manque d’importance que l’enseignant attache à la philosophie, le technicisme



important qui est accordé de nos jours à l'éducation à l'école et la fluidité de la connaissance qui empreigne les jeunes de cette ère. En revanche, du à toutes les problématiques qui rendent l'enseignement de la philosophie un « fantôme » à l'école, une pièce clé apparaît et qui peut accorder de la valeur à la philosophie, et c'est le maître qui devient le guide d'un processus d'enseignement et d'apprentissage de la philosophie, afin de comprendre la nécessité d'y penser et de la reproduire, non comme un simple « petit cours d'histoire ou un débat de « charlatans » ; ce que l'on prétend est de penser à une éducation philosophique, où la véritable valeur de cette connaissance soit mise en valeur, dans la formation des individus et la construction d'une pensée critique qui consolide des idées innovatrices et objectives pour la société. C'est ainsi que pour la construction de l'éducation philosophique, la maîtrise de l'enseignant est importante, dans un contexte en absence de pensée contemplative, qui puisse amener l'étudiant à la réflexion et à se questionner les choses en elles mêmes ; un maître qui doit assumer le défi de fournir une pensée philosophique au sein de l'école, qui puisse récupérer le sens du débat et la discussion réelle des concepts philosophiques, c'est à dire arriver à penser et faire penser la philosophie comme une forme de vie, où est questionnée, critiquée et construite une nouvelle connaissance à travers le dialogue et le pari d'éduquer à partir de la philosophie et en faveur d'une société plus consciente de son devenir et agir en contexte.

Mots-clés: Éducation philosophique, enseignement, école, formation d'enseignantse



“En filosofía son más esenciales las preguntas que las respuestas”.

JASPERS

“Ser filósofo es como cualquier otra profesión. En este caso, cobras a cambio de mantener viva una tradición importante, y si tienes suerte, puedes conseguir escribir algún libro que sea leído por los que no son filósofos. ¡Y eso es ya todo un éxito!”

HABERMAS

1. Introducción

La historia de la filosofía ha estado marcada por grandes teorías y debates en torno a los problemas que rodean al ser humano, debates que han dado como resultado un devenir continuo de discusiones y diversidad de teoría generadas por importantes pensadores de todos los tiempos. Esta razón de la filosofía se ha caracterizado en su enseñanza en la escuela, en donde se procura dar a conocer al educando una infinita variedad de discursos relacionados con esta disciplina, tratando así que conozca de una forma superficial el gran legado de la filosofía a la historia de la humanidad. Sin embargo, algo está sucediendo en los últimos tiempos con la filosofía y aún más con la enseñanza de esta en la escuela, ha perdido gran parte de su valor y su esencia en la formación de pensamiento de los individuos, se ha deformado la idea de revisar las cosas con detalle y analizarlas desde lo profundo para ver su verdadero significado y relevancia en la humanidad. A esta pérdida de valor de la filosofía Lipman considera que:

La filosofía ha sobrevivido, en una era en la que la mayoría de las humanidades han sido puestas en contra de la pared, la filosofía ha logrado mantenerse a flote de alguna forma, pero el precio de la supervivencia ha sido alto: ha tenido que renunciar prácticamente a toda pretensión por ejercer un papel socialmente significativo (1998, p. 29).

Frente a esto, cabe decir que la filosofía realmente ha tenido que abrirse caminos por donde no los hay, para poder estar en las altas esferas de



la sociedad del conocimiento, ha tenido que cambiar su forma de ser enseñada, ya la filosofía histórica tiende a perder relevancia en esta sociedad frágil, ágil y efímera, se requiere una filosofía sencilla y posible para las mentes jóvenes y dispersas que alberga nuestra sociedad. Una filosofía descomplicada pero que a la vez conlleve a la construcción de un pensamiento crítico y reflexivo, que se presente como una nueva forma de comprender lo que está en nuestro entorno, es decir una filosofía práctica y en contexto. Frente a esto es que surge el interés por indagar por la presencia de una educación filosófica en la escuela, pues dentro de una sociedad acelerada y en permanente angustia, es fundamental rescatar el papel de la filosofía, pero no solo de una filosofía teórica sino que manifieste interés por las problemáticas sociales, es decir que sea práctica y comprenda desde la misma realidad al individuo que en ella habita.

Ahora bien, la filosofía por sí sola no llega a la construcción de una educación filosófica, para ello se requiere de la figura del maestro, un maestro inmerso en la labor filosófica, que descubra y logre hacer descubrir su significado, pero que también entienda a ese individuo inmerso en sus propias inquietudes y angustiado por habitar en una sociedad ligera y líquida. Es decir, el papel de aquel maestro es relacionar aquella teoría histórica y densa de la filosofía con los pensamientos efímeros y dispersos que están en la escuela. Frente a esta postura, Saldarriaga (2003) considera que la nueva sociedad requiere no de un nuevo maestro pero sí de un maestro seguro y dichoso de su labor, “sujetos capaces de trabajar en equipo y con conciencia ciudadana y social, que se informe y discuta que elija y participe” (2003, pp. 288-289). Quiere decir que la educación filosófica en la escuela requiere de un maestro guía, tutor e investigador, afanado por conocer y hacer conocer.

Lo anterior, permitirá ver que a lo largo de este artículo se concentra la mirada no solo en la construcción filosófica en la escuela sino en el papel fundamental que juega el maestro de filosofía en esa construcción. Por consiguiente, el recorrido de esta ponencia ahonda en tres conceptos, el primero, hace referencia a la educación filosófica en la escuela; el segundo, se centra en el maestro de filosofía; y finalmente, se concluye con la necesidad de formar maestros de filosofía dispuestos a construir una educación filosófica pertinente y aplicada en la escuela.

2. Hacia una educación filosófica

La educación en estos tiempos se ha convertido en una conjugación de corrientes que transforman a los individuos en objetos eficientes y engranados a una dinámica productiva comprendida entre la técnica y el dinero. Quiero decir por técnica, el conocimiento a través del cual funciona la industria, la cual, a su vez, es herramienta que reproduce y no crea. La escuela por su parte, funciona dentro de un espacio controlado por las necesidades de vida de una sociedad mezclada en el conglomerado de compañías destinadas a ofrecer productos humanos capacitados en la eficiencia, para que ocupen un lugar específico dentro de la marea capitalista. Tanto es así, que la idea de educación se hace extraña al mismo sujeto, la técnica ha hecho de la educación un asunto de productividad y mercado, se está alejando la idea de contemplación e indagación a las nuevas generaciones, y bajo este panorama, la inutilidad a la cual se ven relegadas las artes, la filosofía y las ciencias humanas en general, se debe a una sociedad indiferente, “robótica” y dispersa. Pero, ¡cuidado! Dirigir la mirada hacia las ciencias humanas y entre ellas la filosofía, es comprender que es un organismo vital que puede lograr dismantelar la ilusión que nos conduce como especie a la esclavitud física e intelectual. La filosofía no es la respuesta, pero sí un enorme medio para hallar respuestas y aún más, explorar nuevos horizontes, que permitan poder girar la mirada y comprender más allá de lo efímero y mundano.

Jaspers (2003), afirma que la admiración impulsa necesariamente a saber, no saber por saber o satisfacer alguna necesidad intelectual, sino por saber la esencia de las cosas mismas, este saber es un filosofar, un despertar de la vinculación a las necesidades de la vida que tiene un enfoque desinteresado sobre las cosas, y se entiende como un cuestionamiento permanente de la realidad. De esta manera, la filosofía es entendida como el asombro permanente de las situaciones que suceden, pero un asombro profundo y vital para comprender la construcción y reconstrucción de cada instante de los escenarios que rodean nuestro ser y pensamiento. A esto se le agrega que la filosofía es una forma de descubrir las cosas en sí, lograr analizarlas pero a la vez asombrarse de ese descubrir y hacer que las cosas sean. Lipman (1998), dice que no es lo mismo hacer que aplicar filosofía, y se remite a la figura de Sócrates, aquel filósofo antiguo “para



quien la filosofía no era una adquisición, ni una profesión, sino una forma de vida” (1998, p. 30). Esto quiere decir, que aquel filósofo ateniense hacía de la filosofía una práctica, invitaba a los jóvenes a pensar y descubrir sus propios errores y aprender de ellos, es este escenario propuesto por Sócrates el objetivo central de la construcción de una educación filosófica en la escuela.

A esto se le agrega que la filosofía consiste en desear lo que se quiere conocer, como bien lo manifiesta Lyotard (2004):

La filosofía no tiene deseos particulares, no es una especulación sobre un tema o en una materia determinada. La filosofía tiene las mismas pasiones que todo el mundo, es la hija de su tiempo, como dice Hegel. Pero creo que estaríamos más de acuerdo con todo esto si dijéramos primero: es el deseo el que tiene a la filosofía como tiene cualquier otra cosa. El filósofo no es un sujeto que se despierta y se dice: se han olvidado de pensar en dios, en la historia, en el espacio, o en el ser; ¡tendré que ocuparme de ello! (2004, p. 96).

Es claro que la esencia de la filosofía radica en desear el saber, sin necesidad de tantos cuestionamientos y precariedades que no llevan a nada, es aquel saber de intentar comprender sin salir del saber mismo, sin dirigirse a otro saber que afecte el primero, sino simplemente dejarse llevar por el deseo de saber naturalmente y buscar ese filosofar por deseo y porque se apetece hacerlo. Araya (2003), comprende este deseo de saber, es esa filosofía que impulsa y atrae a los jóvenes a ese pensamiento flexible y abierto, es decir que para hacer práctica la filosofía, como para realizar cualquier tarea, es necesaria la admiración y no conformarnos con lo que aparece de la realidad, descubrir lo asombroso qué es que las cosas sean tal y como son. Se podría decir que la filosofía es algo así como un modo distinto de apreciar las cosas, una manera diferente de ver y pensar la realidad. Conducir la mirada hacia una educación filosófica, es poder entender la filosofía como un espacio de reflexión, comprensión y admiración por el mismo saber, frente a esto Cortina (2005) considera que:

Aprender a filosofar ayuda a recuperar el pulso de la reflexión, el esclavo decía Hegel, es esclavo porque no se sabe a sí mismo, y es



difícil saberse a sí mismo en una civilización acelerada, vertida al exterior, cuando monopolizan nuestra vida el correo electrónico, el teléfono móvil, el contestador, las multitudes de exigencias burocráticas, las turbulencias del mundo económico, el teatro político, y así, de infinidad de cosas. Fomentar la reflexión, la libertad, la crítica y el ejercicio de la razón pública es, la riqueza que hoy puede aportar ese añejo saber, al que desde Grecia se viene llamando filosofía, aspiración o amor a la sabiduría (2005, p. 1).

De este modo, la filosofía no sería importante si no se ve desde la necesidad por saber algo, comprender aquello que en cierto modo se nos presenta indiferente a nuestro pensamiento, esto a lo que dice llamarse filosofía, debe estar en constante relación con la formación del pensamiento, con la creación de conocimiento y la constante reflexión sobre el acontecer del mundo. Esta relación es tangible en la escuela, porque desde allí es que la filosofía se puede hacer ver y se puede transportar a otros espacios de indagación y reflexión, como lo considera García Moriyón (s.f.), la filosofía permite conectar las mentes con las distintas realidades que acontecen en la sociedad, permite además “desarrollar capacidades cognitivas y afectivas exigidas en las sociedades complejas, plurales y cambiante de la actualidad” (p. 1).

Es de esta forma, que se encuentra una relación entre la filosofía y la educación, pues se están mezclando dos campos para dar como resultado la transformación no solo de la filosofía sino también de la perspectiva que se tiene de la educación, de cómo educar, pero a la vez cómo reflexionar la educación pensando filosóficamente. Quizás esto sea una tarea compleja pero que posiblemente arroje varias aristas para abordarla. Una de estas aristas desde donde se puede abordar la filosofía pensada desde la educación, es desde el criterio de enseñanza, al respecto Platón (citado en Ramírez, 2008) considera que enseñar algo, más que el simple hecho de comunicar contenidos sobre alguna temática, es guiar para sacar un conocimiento de la persona, conocimiento que según él, ya tenía la persona, pero que necesitaba esclarecerse para salir a la luz.

Bajo este supuesto, enseñar filosofía puede ser muy útil en la medida que se promueve el sentido crítico y reflexivo sobre la realidad, contribuye a comprender de forma significativa y pertinente la gran variedad de



cuestionamientos que emanan de nuestro contexto, es necesario fomentar el sentido crítico, que a partir de la enseñanza de la filosofía se hace posible develar los distintos significados ocultos en lo que llamamos realidad, pues se entiende que la crítica representa un cambio, así que es muy posible que la enseñanza de la filosofía proponga una transformación no inmediata pero si fundamentada.

Llegando a este punto, me arriesgo a decir que la filosofía como actividad que abarca el pensamiento en tanto dinámico, no puede someterse a reglas coercitivas que le son impuestas desde las instituciones educativas. Si existe una filosofía en la escuela y la universidad, esta debe ser social y, por qué no decirlo, revolucionaria, debe tener como fundamento las relaciones entre estudiantes y profesores que tengan como fin común el desarrollo de conocimiento que aporte a la humanidad perspectivas coherentes y que mejoren la calidad de vida. El pensamiento como órgano dinámico no puede ser conducido por reglas arbitrarias que sirvan a fines ajenos y minoritarios. El pensamiento debe ser libre y servir para hacer libre a la sociedad.

La filosofía encaminada hacia la reflexión y el cuestionamiento permanente de lo que acontece, debe tener un lugar en donde ahondar este propósito, y el mejor espacio es el entorno escolar, en donde se espera encontrar un docente visionario, emancipado y que suscite de manera deliberada una propedéutica que en conjunto con los estudiantes lleve a la indagación para dejar de lado la mecanización del saber, esto en favor de la creatividad de los individuos, es decir, que construya una educación filosófica que libere la voluntad y la encamine a intereses individuales que congenien con la formación social y el beneficio común. Al poner de relieve la función de la filosofía en el campo problemático de la educación, se da un ejercicio crítico de la razón práctica, parte de la condición de un sujeto histórico que se halla en una realidad de acontecimientos llena de conflictos que no se han podido resolver, debido al carácter discriminatorio que de ella se ha forjado en ese quehacer epistemológico, cuestión que debe ser revisada para llegar al papel transformador que debería tener.

Ahora bien, aparte de indagar por cómo generar filosofía en el aula, surgen nuevos dilemas que enrarecen el ambiente del aula, uno de ellos, es el hecho de ver si el sueño romántico de enseñar filosofía es compatible con la visión del estudiante efímero, que representa el pensar como una



reflexión frente a conceptos filosóficos o por el contrario como una manera de permitirle al estudiante desde su perspectiva reflexionar en torno a su realidad, sin más herramienta que su experiencia de un mundo que está descubriendo, Gómez (2003), se pregunta entonces, “¿qué se enseña en filosofía: a filosofar, filosofías, la filosofía...? ¿Enseñar filosofía es un arte personal de cada uno, una técnica neutral universalizable o una ciencia psicopedagógica válida para todo profesor de filosofía?” (2003, p. 18), cuestiones que se ponen en juego a la hora de entender la enseñanza de la filosofía en el contexto escolar.

Esto hace pensar en la realidad de la enseñanza de filosofía en la escuela, en donde se está viviendo un fenómeno de dispersión y desaparición de las ciencias humanas y sociales, la escuela se tecnifica con el fin de generar más producto eficiente y eficaz para la sociedad industrial que emana de las directrices gubernamentales, las esferas económicas, el afán por tener dinero y las mismas condiciones sociales que enfrentan los sujetos hoy en día. Todo ello hace que los jóvenes se definan por una técnica, un instrumento sofisticado que les permita escalar operacionalmente y optar por la instrumentalización del saber y sin pensar en su ser. Bajo este panorama algo desalentador, ¿cómo dar cabida a la filosofía? ¿Cómo motivar esas mentes fetales a que alcen la mirada y admiren su alrededor, no en términos de productividad monetaria sino con el asombro y el malestar por pensar? Pues bien, la filosofía por sí sola no hará esa tarea, necesita de docentes artistas, inspirados en su disciplina, que sean creadores y muestren esa pasión por lo que hacen, no solo enseñen filosofía sino que la sientan y la hagan sentir a sus estudiantes. El ejercicio filosófico debe ser reflexivo, que permita consolidar un pensamiento crítico sobre la realidad y orientar al estudiante a pensarla de manera profunda y no sobre la superficie. Este ejercicio se logra en la medida que el docente genere acciones para hacer efectiva la enseñanza de la filosofía, no solo en el aula sino hacerla trascender al contexto social.

Es menester ubicarse en el contexto y con la población, no se enseña filosofía a un público especialista en el tema, es por eso la importancia de ser coherente con el entorno, se puede enseñar filosofía en la medida que se comprendan a los sujetos y la filosofía pueda generar interés y motivar al estudiante para aprender y reflexionar sobre ideas filosóficas, que le permitan entender de otro modo su realidad, ver en ella una estrategia



para conocer, comprender y analizar las distintas problemáticas emergentes de la sociedad. Es decir, poder enlazar filosofía con didáctica, Gómez (2003) en relación con esto afirma que:

La didáctica de la filosofía no quiere en consecuencia sustituir a la filosofía misma. Ella es necesariamente secundaria y busca pensar la relación de la filosofía y su enseñanza. Busca hacer más eficaz la actividad del profesor, pensando las mediaciones posibles y necesarias para un trabajo escolar específico en el campo de la filosofía (2003, p. 42).

Aquí se evidencia la necesidad de darle sentido a la enseñanza de la filosofía, no se trata de repetir la historia de la filosofía, ni mucho menos de debatir ideas sin fundamento, lo que se trata es que el mismo maestro, dinamice la enseñanza, ahonde en la necesidad de generar conocimiento simplemente para un examen generalizado, cuantificado y politizado, lleve la filosofía más allá, se asombre y asombre a sus estudiante al promover que sí es posible pensar en filosofía como un medio para reflexionar, debatir, analizar y en es especial para cuestionar o mejor ver de otra forma lo que el común cree ver.

3. Maestro: gestor de cambio en la enseñanza de la filosofía

Gómez (2007), parte de la idea que la filosofía tiene una estrecha relación con la educación, en la medida que “el filósofo enseña, el hábito de la pregunta, en efecto es difícil encontrar un filósofo que no haya sido educador en el mejor sentido del término” (2007, p. 46). Es en este punto donde el papel del maestro se hace vital para la conformación de un saber filosófico, saber en la medida que se puede construir teniendo en cuenta las dinámicas sociales, culturales, políticas, éticas y humanas que comprende la sociedad, bien lo hace notar Saldarriaga (2003):

El maestro y el artesano, son ambos dueños de sus instrumentos de trabajo y de un saber hacer personalizado, y ambos... comparten la



característica de no poder ser fácilmente expropiados de sus instrumentos de producción por los procesos masivos de tecnificación, pues el instrumento y el producto de ambos, es, individual, original y “hecho a mano” (2003, p. 256).

Bajo estos argumentos, me arriesgo a decir que la filosofía no es por sí sola filosofía, sino por la construcción e interpretación que logra hacer el maestro, pues enseñar implica no solo hablar de grandes teorías, sino que involucra sujetos dinámicos y diluidos en el lenguaje, es decir, motivados por cuestionarse y con capacidad de trasladar esa inquietud a otras personas, es esta la figura del maestro que posee no solo el saber sino la inquietud por ese saber, es quien, en definitiva, hace filosofía y la transporta a otros escenarios. A esto le agrega Gómez (2007, p. 45) que “cualquier educador es un filósofo si enseña a plantear problemas, a dejar la duda allí donde muchos hombres creen encontrar algo cierto”. El maestro que es capaz de hacer brotar en sus estudiantes la duda, no solo está haciendo un buen trabajo sino que está educando para la vida, para que se sienta que al enseñar filosofía está permitiendo al otro pensar por sí mismo, cuestionar esa masa líquida que vaga por el mundo junto con el gran monstruo del olvido que azota sin compasión a la cultura y al origen de lo que es llamado humanidad, en este aspecto, García Moriyón (s.f.), es enfático diciendo que la enseñanza de la filosofía “debe potenciar en el alumno la capacidad de crítica y cuestionamiento de los saberes recibidos, así como la posibilidad de integración de todos esos saberes parciales en un sistema global, en permanente proceso de construcción y reconstrucción” (p. 3).

El docente de filosofía no solo tiene la tarea de enseñar algunas lecciones filosóficas y de exponer algunas corrientes de pensamiento, sino que también debe ser una persona que cumpliendo ciertas características, anime y atraiga a los jóvenes a conocer el mundo de la filosofía; como lo dirá Salazar (1995), el profesor de filosofía debe tener ciertas actitudes que le permitan realizar bien su tarea, el docente debe poseer una disposición de ánimo tal, que pueda hacer llegar a los jóvenes y en especial a este mundo actual, una nueva apreciación de la filosofía. La acción educadora que ejercen los profesores de filosofía no solo debe ir en una sola dirección, sino que debe ser una relación dialéctica, en la que estudiante y docente entran en una relación de aprendizaje mutuo. Entonces, el docente



de filosofía se podría considerar de esta forma como un estudiante más dentro del aula de clase, sin que pierda sus facultades de maestro; la interacción entre docente y estudiante es un aspecto esencial en la enseñanza de la filosofía, ya que es esencial que se pierda el miedo y se rompa la barrea que impide un mayor acercamiento entre estudiante y maestro, el rompimiento de esta barrera implicaría que la filosofía ya no sea vista como algo abrumador, lejos de la realidad e inexplicable, mejor que sea vista como aquel saber didáctico, en relación constante con el acontecer del mismo estudiante como el de su entorno.

Igualmente, el docente debe ser una persona abierta, inclusiva, entusiasta por conocer y enseñar, esto permite que no se convierta en el depositador de conocimientos, bien lo expresa Freire (2008):

En vez de comunicarse, el educador hace comunicados y depósitos que los educandos, meras incidencias, reciben pacientemente, memorizan y repiten. Tal es la concepción “bancaria” de la educación, en que el único margen de acción que se ofrece a los educandos es el de recibir los depósitos, guardarlos y archivarlos. Margen que solo les permite ser coleccionistas o fichadores de cosas que archivan. En el fondo, los grandes archivados en esta práctica equivocada de la educación son los propios hombres. Archivados ya que, al margen de la búsqueda, al margen de la praxis, los hombres no pueden ser. Educadores y educandos se archivan en la medida en que, en esta visión distorsionada de la educación, no existe creatividad alguna, no existe transformación, ni saber. Solo existe saber en la invención, en la reinención, en la búsqueda inquieta, impaciente, permanente que los hombres realizan en el mundo, con el mundo y con los otros (2008. p. 52).

Esto me lleva a afirmar que el docente de filosofía jamás debe cerrarse a la posibilidad de ampliar sus saberes, bien lo dice Salazar (1995) “hay que insistir en la necesidad de cuidar celosamente la formación del profesor de filosofía” (1995, p. 53). La tarea formativa del docente es una tarea de por vida, así como la filosofía siempre está en constante cambio de acuerdo a las distintas necesidades de la época, así mismo el docente debe estar en una formación constante para enriquecer su práctica y generar



más espacios de reflexión con sus estudiantes. Es la filosofía la que permite un análisis profundo de la realidad en la cual vivimos, el docente de filosofía debe pensar las distintas situaciones sociales, y al tiempo debe enseñar a sus estudiantes a pensar y a razonar sobre estas.

Es a todo esto lo que le apunta la educación filosófica, no solo a engranar la filosofía con la educación por hacer de la educación un campo de reflexión ni tampoco por hace de la filosofía algo aparentemente útil en el campo de la educación, sino más bien, se puede pensar que este enlace es para comprender el verdadero sentido de la filosofía, en la medida que se logre consolidar un pensamiento reflexivo, interpretativo y propositivo entre los sujetos. Esta manera de hacer filosofía, por medio de la educación filosófica debe comprender una forma distinta, pues no se trata de filosofar porque sí o de saber filosofía, se trata de arriesgarse a pensar la filosofía desde un criterio vital para la formación del ser humano, como lo es la educación, si se educara filosóficamente, posiblemente otro “cielo rodearía nuestro terreno mundano”, otras posibilidades podríamos elegir para tener una mejor vida. Gómez (2007), dice que “la educación es uno de los aspectos esenciales de la práctica filosófica”, ya que construyendo una reflexión sobre la educación, es posible repensar y sustentar los nuevos modos de entender la realidad y desde luego rescatar la pregunta por el sentido de las cosas, es decir el por qué y para qué de las mismas.

Al respeto, Lipman (1998) afirma que la enseñanza de la filosofía “exige de profesores que estén dispuestos a examinar ideas, investigar a través del dialogo y a respetar el espíritu de los que están aprendiendo” (1998, p. 101). Es aquí donde la filosofía tiene su lugar en la escuela, acredita una conexión con la realidad y el lugar en donde se puede aprender a reflexionar y cuestionar por medio de la filosofía. Sin embargo, me arriesgo a afirmar que para construir una reflexión argumentada y que genere alguna reacción, es necesario que el docente adquiera y se apropie de algunas bases del pensamiento filosófico, los contenidos filosóficos son importantes, con el fin de lograr la construcción compartida de una reflexión orientada hacia la filosofía. Es por esta razón que al enseñar se debe pensar en la consolidación de pensamiento creativo, partiendo, según Paramo (2011), que “quien explica filosofía no puede enseñar a filosofar si no es filosofando, es decir, que no se puede enseñar a leer si no es leyendo un determinado libro” (2011, p. 2). No quiere decir que la técnica o los contenidos se



conviertan en el fin para la enseñanza de la filosofía, estos necesariamente deben ser los medios para que se aprenda a reflexionar filosóficamente, pero además, para que se adquiera la capacidad de ver el problema en sí y al mismo tiempo poder resolverlo.

Ahora bien, al pensar en una educación filosófica, se hace referencia a la relación entre la filosofía como un saber que proporciona los conocimientos necesarios para aprender a pensar por sí mismo y la enseñanza como el método pedagógico que usa el docente para suscitar entre los estudiantes el interés por los problemas de su contexto y de las mismas dinámicas sociales. Permitiendo que se construya un espacio en donde estas dos partes acorten la brecha entre aprender filosofía y aprender a filosofar; del tal modo que se pueda consolidar una educación filosófica y no una educación de la filosofía o filosofía de la educación, pues son tres ramas distintas y cada una construye sus propias reflexiones tanto de educación como de filosofía.

En últimas, se hace necesario enfatizar en el aporte que hace la pedagogía a la educación filosófica, ya que esta se convierte en una herramienta fundamental para la construcción de reflexión filosófica, es decir, la pedagogía se puede entender como aquel vehículo que lleva lo necesario para hacer de la filosofía un saber que se aprende y se reflexiona. Este saber no solo permite articular la educación con la filosofía sino que a la vez puede llevar a pensar la filosofía como una acción pedagógica que conlleva a la reflexión y posible construcción de nuevo conocimiento. En resumidas cuentas, enseñar filosofía, no es quedarse en meros métodos repetitivos, sino es fundamentalmente enseñar a preguntar con criterio, es suscitar el problema y que el docente pueda guiar al estudiante, a dar con las posibles respuestas y que su papel sea enseñar a buscar y hacer saber que no se trata de llegar a un resultado sino darle significado a la búsqueda, es hacer de la filosofía una educación para la vida.

4. Formar docentes: la clave para repensar la filosofía

Afirma Huberman (1992), que la formación docente está orientada por dos criterios, el primero de ellos es que brinda los medios necesarios para el desarrollo profesional, laboral y personal del docente; y el segundo, es

que el docente mediante una formación permanente tiene la posibilidad de ofrecer un quehacer con calidad y eficiencia. Esto indica que la formación no solo es la obtención de un título universitario de cualquier nivel, va más allá, es entendida como un criterio de profesionalización, transformación de conocimientos y desempeño adecuado como docente universitario. Es necesario decir que en los tiempos actuales, el docente está en la obligación de capacitarse, actualizarse y formarse, de lo contrario sería un profesional atrasado en cuanto a avances tecnológicos, pedagógicos, investigativos y organizativos, y más en una disciplina como lo es la filosofía, debe movilizarse para estar al tanto de las tendencias emergentes en la enseñanza de la misma. Quiere decir que la formación del docente es un proceso que el mismo sujeto debe gestionar para su beneficio, y por supuesto, para brindar una mejor transmisión de conocimientos y formación integral.

Bajo esta perspectiva, hablar de formación docente no es hablar solo de pautas para ejercer una mejor labor o de aspectos academicistas o instrumentales, es comprender la importancia y el valor social que tiene la profesión docente, es mirarla bajo criterios de autonomía, integralidad, investigación, desarrollo social y compromiso. Es decir que la formación docente es la construcción de su identidad, es la satisfacción de ejercer y ser competente como tal, es por eso que la formación docente debe ser parte del desarrollo personal y estar en relación con las dinámicas sociales emergentes en el ámbito de la educación y la filosofía, pues, cuando se habla de formación, se hace alusión a una práctica humana, se comparte conocimiento y se forman sujetos, en últimas, es una actividad de interacción y diálogo.

Dentro de este contexto, Cruz, Molina, Herrera, Marentes & Cubides (1998, p. 92) consideran que “para un cambio y una educación de calidad se requiere un maestro renovado”, es precisamente lo que debe comprender la formación de docentes en filosofía, procurar que sean sujetos que promuevan el cambio social, comprometidos con la educación y la transformación del país desde su disciplina. También, estos autores presentan unas características que debe tener el docente preocupado por su formación y su quehacer, estas características logran definir en gran parte el propósito de los procesos de la formación docente y hacia dónde debe ir dirigida, estas características son: la preocupación por la formación en



valores, producir aprendizaje significativo, educación integral, actualización, comprender el por qué y para qué enseñar, y por último ser un educador innovador.

Todo esto resulta que la formación de docentes, no se queda en la transmisión de conocimientos, sino que también permite formar no solo docentes para el sistema sino mejores personas, y con las suficientes competencias para abordar las problemáticas del mundo actual. La formación de los profesores de filosofía, habla de la manera como ellos son los generadores directos de conocimientos pertinentes e innovadores, es lo que constata el compromiso que tienen con la pertinencia de la educación y la formación de sujetos conscientes de la transformación social, y de la necesidad que tiene esta sociedad de personas íntegras, dinámicas y capaces de repensar su contexto. Por otro lado, el docente de filosofía debe actuar, generar espacios que rescaten el valor de la enseñanza de la filosofía, esto con el fin que no solo las universidades sino los entes gubernamentales, vean que sí es necesario este tipo de opciones de enseñanza para la escuela, que no solo existen sujetos tecnificados, sino que también deben fomentar la crítica y la reflexión constante de las dinámicas sociales, invertir en la educación no es inútil, es un proyecto viable y progresista, la educación de nuestros maestros debe ser una política pública en educación tangible y efectiva, en donde se vea el aporte del Estado y el interés por parte de los docentes en su propia formación.

Por último, pensar en la formación de docentes de filosofía, no solo es orientarla hacia lo pedagógico, académico, investigativo, práctico, también es menester pensar en esta formación desde el contexto social que se transforma ágilmente, desde los cambios económicos y políticos que acechan y marcan el campo de la educación, y también pensarla desde las necesidades de los sujetos en formación, pues si no se involucran estos aspectos, no se puede llegar a una interdisciplinariedad educativa. Ahondar en la formación docente, es adentrarse en la disciplina que hace al mismo un sujeto de ideas, de transformaciones y generador de espacios aptos para el aprendizaje y la enseñanza de nuevos profesionales. Además, es ver desde este ámbito la mirada global de la sociedad y sus dinámicas y la intervención de diferentes actores que permiten el cambio en los procesos educativos.

5. Apuntes finales

Sobre la importancia de la filosofía y su relación con la educación, sugiero los siguientes cuestionamientos: ¿Qué papel cumple la escuela para lograr que los sujetos consoliden un pensamiento crítico, autónomo e independiente?, y ¿Qué función tiene el maestro para enseñar a reflexionar y trasladar el pensamiento filosófico a la realidad social? Estas preguntas abarcan una infinidad de criterios para ser indagadas de muchas formas, además, comprenden un punto importante frente a la educación filosófica, en la medida que involucran de primera mano, el lugar en donde posiblemente se puede originar una reflexión filosófica y que sujetos llamados maestros sean guías para consolidar un saber en torno a la filosofía. Es así como la escuela, espacio para la construcción de saber y reflexión, no puede ni debe estar al margen del pensamiento filosófico y menos de la educación de la filosofía, la escuela debe ser la que organiza y formula estrategias para incluir la educación filosófica en sus planes de estudio, Tiramonti & Minteguiaga (2004), hacen una reflexión sobre la relación entre la escuela y la sociedad globalizada, afirman que la primera se ve obligada a organizar procesos de reestructuración permanentes para mantenerse vigente dentro de la sociedad efímera y tecnológica. Ellas plantean la pregunta, ¿para qué la escuela? Diciendo que esta no tiene un sentido único sino transformador, a este sentido único es que debe apuntar la integración de la educación filosófica. Sentido que puede pensarse desde la reflexión y un pensamiento crítico, partiendo de una invitación por parte del docente hacia los estudiantes para que comprendan el verdadero sentido de la filosofía, en tanto, que esta no solo es teoría, sino que también puede ser interpretada como un saber que permite reflexionar sobre lo que acontece en el mundo, claro está haciendo parte de esta reflexión tanto la teoría como el contexto.

Una educación filosófica requiere de condiciones externas favorables al tipo de educación que se desea. Es decir, que el acto educativo se desarrolle en un ambiente en donde el deseo de saber esté presente, se viva una cultura de la pregunta, de la crítica, la confrontación y la diferencia. Igualmente, que la educación no sea represora sino que por el contrario propicie escenarios en los que el sujeto pueda expresar su ser, su sentir, sus experiencias y saberes. Un escenario en el que pueda interactuar y no



simplemente imitar, emular, reproducir conductas y discursos. Se aprende filosofía filosofando, es la vieja premisa que tiende a ser un cliché a medida que las prácticas educativas se siguen reproduciendo dentro del mismo molde. Se aprende filosofía en contacto con la pregunta, con los grandes problemas, en la incitación a pensarlos desde las propias herramientas y los lugares de cada uno. También, la educación filosófica debe estar dirigida a despertar, propiciar y privilegiar la capacidad creativa que dista del simple imitar y repetir. Asumir la iniciativa, nombrar el mundo y sus problemas antes que prescribirlos. Reconocer que el interlocutor es también un ser pensante, es no negar su capacidad de pensar, es decir, admitir la diversidad de capacidades que cada sujeto posee, algunas más afinadas que otras. Esta diversidad de grados y capacidades es lo que permite el acto educativo como un acto humano de comunicación y diálogo. Y finalmente, promover el deseo de saber y aprender, no hay nada más difícil, precisa Zuleta (1995), que darle de comer a un indigesto o a alguien que lo que quiere es vomitar. Es decir, hay cosas a las que no se puede obligar, una de ellas es el pensar, asunto que por lo general olvidamos como educadores, es más bien, nuestra tarea de motivar el ejercicio de pensar y comprender que esto no se impone por autoridad o institucionalismo.



Referencias

- Araya, D. (2003). *Didáctica de la filosofía*. Bogotá: Magisterio.
- Cortina, A. (2005). Artículo publicado en el sitio web de ÉTNOR con autorización expresa de El País, S.L. Original: <http://tinyurl.com/ahxj2>. Recuperado de <http://www.etnor.org/html/pdf/adela/200501138.pdf>
- Cruz, C., Molina, G., Herrera, G., Marentes, J. & Cubides, M. En Parra, F. & Cruz, C. (Ed). (1998). Capacitación y formación docente, lejos de la realidad. En *La gestión educativa: realidad y propuestas*. Colombia: Corporación Universitaria de Ibagué.
- Freire, P. (2008). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- García Moriyón, F. (s.f.). *¿Para qué sirve enseñar filosofía?* Recuperado de <https://www.bu.edu/wcp/Papers/Chil/ChilMori.htm>
- Gómez, M. (2003). *Introducción a la didáctica de la filosofía*. Recuperado de www.blog.utp.edu.co/investigacioneneducacionypedagogia/files/2011/02/introduccion-a-la-didactica-de-la-filosofia.pdf
- Gómez, R. (2007). La educación como práctica filosófica. En *La enseñanza de la filosofía*, 45–51. Bogotá: Universidad de San Buenaventura.
- Huberman, S. (1992). *Cómo aprenden los que enseñan. La formación de los formadores. Nuevos modelos para las nuevas prácticas*. Buenos Aires: Aique.
- Jaspers, K. (2003). *¿Qué es la filosofía?* México: Fondo de Cultura Económica.
- Lipman, M. (1998). *La filosofía en el aula*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Liotard, J. (2004). *¿Por qué filosofar?* Barcelona: Paidós.
- Paramo, A. (2011). ¿Tiene sentido la enseñanza de la filosofía en el bachillerato? *Revista digital Wadi-red*, 1(1), 4–14. Recuperado de http://www.cepguadix.es/~revista/joomla/docs/numero1/enero_2011_art_1.pdf
- Ramírez, A. (2008). Ciencia, pedagogía y epistemología. En *Filosofía de la educación*, 77–97. Madrid: Trotta.
- Salazar Bondy, A. (1995). *Didáctica de la filosofía*. Recuperado de http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/libros/Filosofia/didact_filos/pdf/cap4.pdf
- Saldarriaga, O. (2003). *Del oficio de maestro*. Bogotá: Magisterio.
- Tiramonti, G. & Minteguiaga, A. (2004). *La escuela hoy y el mito de la educación: la trama de la desigualdad educativa*. Buenos Aires: Manantial.
- Zuleta, E. (1995). *Educación y democracia*. Bogotá: Corporación Tercer Milenio.

